

ALBUM DE LA JUVENTUD.

Periódico Científico y Literario.

LOS PRODUCTOS DE ESTA PUBLICACION SE DEDICAN ESCLUSIVAMENTE A LOS ESTABLECIMIENTOS DE BENEFICENCIA.

La posesion del GENIO lleva en sí envuelta siempre la posesion del INFORTUNIO.

Cuando al acento del Eterno todo cuanto subsiste brotó del tenebroso caos en que la creacion yacia, hubo un ángel tan bello y esplendente como el astro de la luz en la mitad de su carrera; un ángel que engreido con el brillo de su magestad y su hermosura, ensalzó sus pensamientos hasta el punto de aventurarse á lanzar el grito de rebelion entre sus hermanos, para arrojar á su Dios y Creador del trono que desde el principio de su ser habia ocupado. Luzbél arrastró tras sí una multitud de Querubes, impulsados, no por el deseo de elevacion ni por orgullo, sino por el angelical afecto que como á hermano de creacion le profesaban. Herida de muerte la rebelde secta, el Eterno no condenó á estas víctimas del amor á yacer eternamente entre los sombríos horrores del Averno. Venid, les gritó, con aquella voz que hace estremener á los cielos, venid á habitar nuevamente vuestra primer mansion; pulsad como antes vuestras arpas de oro, humillados ante las gradas de mi sólio; pero en justo castigo de vuestro crimen, vosotros descendereis de tiempo en tiempo hácia la region de los mortales; sereis entre ellos las antorchas de luz que disiparán las tinieblas de su espíritu, mas padecereis cuantos dolores y amarguras pueden asediar al corazon del hombre. Y desde entonces aparecen sobre la faz del mundo esos seres sublimes, esos creadores *genios* que descuelan sobre el resto de los hombres como el erguido y corpulento cedro sobre el humilde

césped de los campos. (1) Y en verdad ¿por qué la senda por la que tienden sus pasos los talentos eminentes en su existencia sobre la tierra, se halla solo alfombrada de abrojos y de espinas? ¿Por qué vuelan á porfía de todos los ámbitos del globo las decepciones y amarguras, los sufrimientos y martirios para herir y desgarrar unos corazones que solo debieran de fluctuar entre las mágicas delicias de un Eden? Por qué? Porque la *posesion del Genio* lleva en sí envuelta siempre la posesion del *Infortunio*.

El relámpago cruza las nubes anunciando la tempestad destructora que trae envuelta entre sus pliegues de fuego. Pero el *Genio* cruza la morada de los hombres cuando las épocas y las edades luchan con el desorden, la confusion y la ignorancia, anunciando la proximidad de una nueva era de ilustracion y de entusiasmo que de su frente creadora se desprende. Los talentos superiores mientras se hallan en el mundo vejetan oscurecidos y agoviados por el sarcásmo y el desprecio; la mayoría de sus contemporáneos no comprende el objeto de su mision: solo cuando sus restos han descendido al helado silencio del sepulcro, se empieza á lamentar la grandeza y esplendor con que debiera haberse cubierto á aquellos seres. El sol cuando se ostenta en el Oriente esparce un fulgor pálido y confuso; mas á medida que recorre el espacio de los cielos, se aumenta tambien su brillo por instantes. Asi el *Ge-*

(1) Un poeta moderno ha emitido en uno de sus mejores cantos el fondo de esta bellísima idea.

no cuando en la tierra aparece, su acento resuena débil y apagado, mas al paso que las generaciones y los tiempos se van hundiendo en el sombrío abismo de la eternidad, su magestad y esplendor se eleva á la altura de un coloso; el eco de su nombre retumba por toda la faz del Universo y hace que se humillen hasta el polvo las mas erguidas y altaneras frentes.

¡Dichosos los que pueden gemir y blasfemar contra la injusticia del mundo! ¡Cuántos hay á quienes ni el consuelo de llorar es permitido! La sonrisa y el contento deben vagar siempre por sus labios, y encontrarse en sus mas bellas producciones; pero si con el escalpelo de la penetracion y de la crítica os internaseis en sus mas recónditos flancos, encontraríais un fondo tan inagotable de desesperacion y de dolor que os haria estremecer y herizar vuestros cabellos. ¡Cuántos á quienes el mundo creyó siempre alegres y felices levantarían su cabeza desde el fondo del sepulcro, y dejando tambien vagar una helada sonrisa por los contornos de su faz descarnada, gritarian á vuestros oídos

La sonrisa y la alegría,

Que en mi rostro se miraron

Flores fueron que brotaron

Sobre una tumba vacía.

(Se continuará.)

AURELIANO VALDÉS ACHUGARRO.

RECUERDOS HISTÓRICOS DE OVIEDO.

(Continuacion.)

Después de un reinado de cincuenta y dos años y de los mas gloriosos que consigna en sus páginas nuestra historia, Alfonso el Casto, el grande y el victorioso, como le nombran unánimes las crónicas antiguas y modernas, murió en Oviedo el 22 de marzo de 842. Sus restos fueron depositados en un sepulcro tosco de piedra que ocupaba el centro del panteon que el mismo erigiera en la iglesia que aun lleva su nombre, (1) y enci-

ma se colocó por único, pero significativo adorno, su vencedora espada que fuera la gloria del pueblo cristiano y el terror y baldon de los Sarracenos. Su memoria fue siempre respetada y querida en Oviedo, pues no solo se le consideró como á un gran monarca y un héroe, sino tambien como á un Santo. Los monges de San Vicente y las religiosas de San Juan de las Dueñas ó San Pelayo, iban diariamente á orar sobre los venerandos restos del rey Casto (1) y aun hoy el cabildo catedral conserva la piadosa costumbre de visitar frecuentemente su tumba y consagrarle anualmente sufragios. El monge de Albelda, erudito escritor de aquellos tiempos, le dedicó un epitafio sencillo que no llegó á escribirse sobre el sepulcro real, pero que se lee en la crónica que aquel nos dejó y dice asi:

Aquel que la paz alcanzó, en paz reposa.

Aquí, al pie de los Santos altares que erigió yace en su sepulcro.

El cronicon de Sebastian, obispo de Salamanca, hace del ilustre hijo de Oviedo de quien hablamos, el siguiente elogio que nadie podrá atribuir á adulacion y que reasume toda su historia:

«Por cincuenta y dos años gobernó el reino y vivió Casto, sóbrio, immaculado, pio y amable á los ojos de Dios y de los hombres. Su espíritu glorioso subió al cielo.» (2)

Muerto apenas el rey, los próceres y prelados nombraron para sucederle al animoso Ramiro hijo de Bermudo I el diácono, que á la sazón se ha-

(1) Aun se ve en el panteon de los Reyes, tapiada la puerta por donde entraban las monjas de San Pelayo.

(2) Además de los edificios y recuerdos notables que quedaron de Alfonso el Casto en Oviedo que ya hemos mencionado, debemos añadir el hospital de San Nicolas, primer establecimiento de su clase que se fundó en España desde la ruina del trono de los Godos, y dos curiosas inscripciones que en otro tiempo se veían á la entrada de la Catedral. Al construirse la que hoy existe, fueron quebradas las lápidas que las contenian, pero se conservan copiadas en el antiguo libro gótico de la Catedral y su sentido es el siguiente:

1.^a ¡Oh vosotros los que contempleis este santo templo, digno monumento erigido en honra de Dios, sabed, que antes hubo otro aqui fabricado de un modo semejante, y que lo consagró al Salvador y Señor nuestro, el religiosísimo Froila, alzando en él doce altares á los doce Apóstoles. ¡Oh fieles, rogad á Dios por él, y el Señor os concederá el merecido premio por toda la eternidad.—Los gentiles destruyeron y profanaron el edificio primitivo, y el siervo de Dios Alfonso lo fabricó de nuevo con grandes mejoras. Recompénsale tú, oh Jesucristo, esta buena obra, y dese aqui *alabanza perpétua* á tu Santo nombre.

2.^a Oh Sacerdote cualquiera que seas legitimamente dedicado al servicio de esta Iglesia, yo Alfonso, por las entrañas de Jesucristo, te ruego no me olvides, y ofrezcas perpetuamente sacrificios por mi alma, al menos una vez cada semana, y Jesucristo te ayudará. Mas si rehusares hacerlo, quiera Dios quitarte el Sacerdocio y la vida. Todo es tuyo, oh Señor! lo que me diste y lo que me inspiraste que hiciere y asi al ofrecerte este templo ya terminado, solo te devuelvo lo tuyo. Alfonso tu humilde siervo, te presenta esa pequeña ofrenda, y con todo su corazón te consagra y da en este templo lo mismo que tu mano le dió.

(1) En ella depositó la devota imágen de la Virgen que se denominaba de las *Batallas*, porque el piadoso Rey la llevaba consigo á las guerras, hoy se llama la Virgen del Rey Casto.

(Véase Carballo, Antigüedades de Asturias, Trelles Asturias ilustrada, Medrano memorias de Nuestra Señora del Rey Casto, ect.)

llaba en *Bardulia*, hoy Castilla, en busca de su esposa: mas un conde del Palacio llamado *Nepociano*, pariente de Alfonso el Casto, logró con el auxilio de los parciales que en Oviedo tenia, ocupar el trono. Ramiro corrió presuroso desde *Bardulia* á Galicia, reunió en Lugo una numerosa hueste, y tornó á Asturias en busca de su rival al que encontró y derrotó completamente en las márgenes del Narcea. Huyó *Nepociano* hácia *Cornellana* y *Pravia*, pero fue entregado al vencedor, que después de hacer su triunfal entrada en Oviedo, le mandó quitar los ojos y encerrarlo perpétuamente en un monasterio. Esta ciudad fue, pues, repetidas veces teatro de la terrible severidad de Ramiro, que hacia quemar vivos á los acusados de mágicos ó brujos, y privar de la vista á los ladrones y salteadores. Los condes *Aldroito* y *Piniolo*, convencidos de conspiradores, tambien fueron cruelmente castigados en Oviedo, el primero con la pena de ceguera y el segundo con la de muerte, en la que fueron comprendidos sus siete hijos. Tal rigor con los criminales hizo que los historiadores de aquella época apellidasen á Ramiro el de la *vara de la justicia*. No tenemos noticia de otras fábricas, que á él se deban, mas que las muy notables iglesias de *Santa Maria* y *San Miguel de Lino*, y un palacio de recreo con sus baños y jardines, todo en el monte de *Naurancio* ó *Naranco*, cercano á Oviedo, y el que segun las poéticas leyendas del país, cubre el sepulcro de *Noraco*, rey de los Astures, en los tiempos míticos. Como monumentos arquitectónicos é históricos son del mayor mérito las dos iglesias que acabamos de mencionar, en especial la de *Santa Maria* que se conserva intacta, y que por su solidez, regular proporcion y bella arquitectura, es digna de los encomios que le tributan los cronistas. Puede decirse iglesia doble, pues que tiene otra subterránea segun estilo de aquel tiempo. En los chapiteles de las columnas que la decoran, se ven figuras de guerreros combatiendo y de cautivos moros que otros califican de *doncellas*, pues quieren decir que fue erigida esta iglesia en memoria de la fabulosa batalla de *Clavijo* y de la abolicion del no menos fabuloso feudo de las cien doncellas. En la mesa del altar mayor se ve parte de una inscripcion votiva, en la que entre otras frases notables se leen las siguientes que el autor pone en boca de *Jusucristo*:

Entré aqui (en el mundo) sin humana concepcion y salí sin corrupcion.

El año 850 falleció Ramiro en Oviedo, y fue sepultado en el Panteon de la iglesia del rey Casto. El epitafio que distinguia su lucillo decia en latin:

Murió la divina memoria del rey Ranimiro á primero de febrero.—Cualquiera que tu seas el que leas estas letras, no dejes de rogar por su eterno reposo.

Su hijo Ordoño fue proclamado rey, y por sus virtudes y los triunfos que como guerrero alcanzó sobre los vascones y los moros, se hizo digno del cariño de sus vasallos y del honroso renombre con que pasó su memoria á la posteridad. En los primeros años de su reinado murió en Oviedo la reina viuda doña *Urraca*, segunda esposa de Ramiro, y sus restos fueron depositados en un sepulcro inmediato al de este.

En el reinado de Ordoño consta existian en Oviedo el monasterio de benedictinos de *Santa Maria de la Corte*, hoy parroquia, y el de *Santa Marina* que estaba cerca de San Tirso. La mitra Ovetense la ceñia á la sazón el virtuoso *Serrano* que algunos hacen natural de Asturias, y que colocan en el número de los Santos. A esta época se refiere, segun algunos historiadores antiguos, cierto hecho ocurrido en Oviedo, que aunque en mucha parte fabuloso, habremos de referir por su originalidad tal cual aquellos le cuentan.

NICOLAS CASTOR DE CAUNEDO.

(Se continuará.)

LOS DOS BALCONES.

—
 TRADUCCION DEL FRANCÉS:

POR

GUILLERMO ESTRADA.

III.

(Continuacion.)

Quedé aturdido: este nombre pronunciado en la oscuridad habia renovado todo un pasado de felicidad y de amor. Me habia recordado mi loca vida de jóven y mis alegres calaveradas, y sin embargo, si pudiese escoger un nombre de muger entre la multitud de los que se pronuncian con pasion un dia para olvidarlos al siguiente, nunca el de *Josefina* asomaria á mis labios, porque siempre tendré cuidado de separar el tiempo de mis locuras del de mis desgracias. Deberia contaros aquí toda una historia, pero para ahorrar tiempo voy á analizárosla rápidamente.

Estaba alojado en Sevilla en casa de un abate, persona de buenos modales, hombre de mundo, lleno de saber y que hacia homilias como el arzobispo del *Gil Blas*. No le conocia mas que un capricho, y era el de detestar cordialmente mi uniforme. Pero tenia una sobrina jóven y linda á la que educaba con escelentes principios, y que por fortuna preferia las charreteras al alza-

cuello. Desde el primer día la linda sobrina y yo estábamos de acuerdo sobre este punto: desde el segundo nos separó el viejo tío.

Concebi entonces proyectos muy extravagantes; empleé amenazas que en nada cambiaron las disposiciones del abate, y solo por medio de regalos y halagos y de la corte mas asidua, supe por la nodriza de Josefina, que estaba en un convento. Nos escribimos y las violencias del tío apresuraron de este modo un amor que acaso nunca se hubiera mostrado. En fin, tomé el partido de robar á Josefina, y todo estaba preparado para esta preciosa calaverada, cuando mi cuerpo de ejército se puso en marcha, y acabé mis ilusiones de amor en los campos de Bailen.

Toda esta historia se presentó bruscamente en mi imaginacion al nombre de Josefina. Las horas de la noche fueron para mí largas y tristes; sumergido en éstasis que llamaron la atención de mis compañeros, me atrage su solicitud, porque tomaban por abatimiento lo que no era mas que un penoso trabajo de la imaginacion. Por el día leí la carta que me habia dado la víspera: siempre traigo esa carta conmigo; jamas me abandonaré. La miro, solo para ver los rasgos de su pluma, porque tengo en el fondo de mi corazón todos sus pensamientos, y podría repetíroslos. Después de haber agotado lo que la lengua española tiene de mas dulce y mas consolador; después de haber reanimado mi corazón con todo el amor que tenia el suyo, me contaba su vida después de nuestra separacion.

«Cuando supe vuestra partida, amigo, caí enferma y los médicos mas hábiles solo me salvaron por milagro. Yo que nunca me habia ocupado de los negocios del ejército andube en busca de noticias, y ya comprendereis cuánto sufriria, cuánto lloraria al saber vuestra derrota. Mi tristeza contrastaba con la alegría pública; todos los buenos españoles bendecian una venganza celestial; yo maldecia una victoria que me arrancaba mis ilusiones mas queridas.... Mi padre me trajo á Palma; tu le habrás visto á mi buen padre, es ese noble anciano que se sienta por la tarde á mi lado; le amo, porque conoce mis secretos, y á pesar de eso no me quiere menos. No tengo aqui mas ocupaciones ni mas consuelo que leer mis cartas, mis preciosas cartas, las que me escribiste al convento, y que nunca dejarán mi seno.

»Una mañana oímos ruido en la ciudad; el pueblo corria por las calles. Mi padre salió: como el ruido parecia acercarse á nuestra casa, me asomé al balcon. Entonces ví soldados que escoltaban seis prisioneros, y que apenas los podian defender de una multitud desencadenada y furiosa. Vi unos girones de un uniforme frances. Mi corazón latió con violencia: era presentimiento? no se; y sin embargo, yo te creia muerto. Por fin uno de los prisioneros levanta la cabeza, pasea sus miradas fatigadas por las celosias... Desde es-

te momento no vi nada, nada oí y caí desvanecida en mi cuarto. Hoy te he encontrado, te pertenezco, y si mueres, tu desposada de Sevilla esperará la muerte sobre tu tumba como la flor que vegeta y se inclina sobre la piedra del mausoleo. Morir.... Oh! Dios no nos reserva esta desgracia.... Mi padre tiene aqui alguna influencia por su nombre y su fortuna, ya te salvaremos. Hasta mañana.»

—Ay!—dijo el marino—Guardó un corto silencio y continuó:

Volvió la noche siguiente, y volví á oír su voz dulce y fresca que me dijo con una alegría de niño:

—Nos han hecho promesas; hemos suplicado al gobernador; saldrás de tu prision, y marcharemos con mi padre á Francia si quieres.

—Pobre loca! respondí, porque sueñas imposibles?

—Porque lo quiero así, dijo, y se escapó

Durante la noche se abrió nuestra prision. Entraron muchos frailes y los seguimos rodeados de una fuerte escolta. Al principio creí que marchábamos al suplicio, y dirigí al pasar una última mirada á los balcones y al sauce. Las celosias estaban cerradas; mi pensamiento voló hacia la que dormia en aquella casa y cuyo despertar debia ser tan terrible. Nos hacinaron revueltos en un mal barco, que con buen viento nos condujo rápidamente á Cabrera. Cuando dejábamos el muelle de Palma, distinguí un pañuelo que se agitaba, y reconocí á la desgraciada niña que me daba su último á Dios.

Ya conoceis, caballero, los horribles sufrimientos que nos esperaban en aquella roca de las Baleares, prision española indirectamente dirigida por la Inglaterra. Bien pudisteis haber visto esos tristes restos del ejército de Bailen; se os habrá dicho sin duda cuál era el estado en que llegaron á su país, y sabreis con que noble piedad recogieron los habitantes de nuestras poblaciones marítimas aquellos veteranos que solo llevaban sus cadáveres á la patria.

(Se continuará.)

LA MÚSICA,



MEDITACION NOCTURNA.

Vuelve, vuelve á sonar, divino acento:
ven á encantar mi oído,
tierno armonioso canto suspendido
sobre las alas trémulas del viento.

Mas ¿dónde están los labios que suspiran
esas frases de amor? ¿De dónde brotas,
mística emanacion que me consuelas?
¿Qué fuego inspira tus ardientes notas
cuando invisible por el aura vuelas?

¡Ah! no lo sé; mas en el alma mia
siento cuan puro y amoroso cae
calmándola el raudal de tu armonía;
que á la ignota region de donde viene
con su deleite celestial me atrae,
y un no se qué de doloroso tiene.

No es invencion de artífice mundano
la que asi los sentidos enagena;
no es eco terrenal de acento humano
el que en la brisa meces....
Si de una virgen la inocente mano
pulsa veloz las gemidoras cuerdas,
una voz de los cielos me pareces,
un eco siempre amante y conocido
que mi mente inflamando, me recuerdas
el santo idioma de un eden perdido.

Ya con las ondas del ambiente vaga,
ya trémulo vibrando
rápido se aproxima, ya se aleja
tu acento sollozando,
ya lánguido se apaga
como el postrer suspiro de una queja.

De angustia lloras, de placer palpitas,
y un espacio sin limite recorres...
¡Huyes!... á donde vas? tambien lo iguoro.
Misterioso poder que oculto habitas
en el vacío del laud sonoro,
confidente del alma solitaria
que alcanzó potestad para evocarte
con el conjuro mágico del arte,
si eleva una plegaria
ó el himno del placer, cantas con ella,
y aunque á los ojos del mortal te escondes,
cual genio protector sigues su huella,
y á su risa y sus lágrimas respondes.

Celeste creacion, númen divino,
tu eres nuncio de paz y de esperanza
que á consolar descienes
en el dolor profundo
al triste desterrado en este mundo,
y ante su vista estiendes
al fin de una existencia transitoria
todo un eterno porvenir de gloria.

Tu eres la senda, la infinita escala
que á la mansion de la virtud conduce,
y el suave aroma del eden exhala.
Tu eres la fuente inagotable y llena
de puras celestiales emociones,
de gloria y de consuelo.
Tu el lazo del amor, tu la cadena
que une con melodiosos eslabones
la vida de la tierra y la del cielo.

T. G. DEL REAL.

Junio de 1853.

DESPEDIDA.

Voy á partir prenda amada,
Las estrellas palidecen

Y los árboles se mecen
Con la brisa matinal
Tan triste cual las estrellas,
Como la rama sombría
Se estremece el alma mia
Ante la ausencia fatal.

Adios ¡ay! adiós mi Laura
¿Y han de soltarme tus brazos?
No, no, que jamás los lazos
Se romperán de mi amor.
Mas si es vano mi quebranto
Ya si partir es preciso
Angel, de tu paraíso
Deja que arranque una flor.

Mariano Castaño Alberù.

EL DELIRIO DEL POETA.

¿Y no veré la luz del rubio Apolo?
¿Quién me sujeta á la terrible valla?
Muero, me dejan solo,
El Universo calla!!

EL AUTOR DE LOS VIAJES.

A la distinguida poetisa

DOÑA ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

Cual caparina (1) de volar cansada
En puntoso zarzal, de una amapola,
Por los besos del céfiro halagada,
Reposa en la odorífera corola;

Asi el inquieto mundo se adormece
En el silencio de la noche umbrosa,
Que en torno suyo lánguida establece
Grave calma solemne y misteriosa.

¡Noche!... ¡Qué augusto horror al alma embriaga
Al penetrar tu pabellon sublime
En cuyo umbral, envuelta en niebla vaga,
La virgen del amor pálida gime!

Parece que mi espíritu se desprende
De la cárcel del cuerpo cenagosa,
Y, cual garza real, rápida asciende
Hasta el cenit, do estático se posa.

Y observa desde allí á los astros bellos,
Custodios de tu sólio magestuoso,
Que, despidiendo limpidos destellos,
Se ciernen en el éter vaporoso.

En circulo gigante se eslabonan,
Abarcando el tendido firmamento,
Sus rosadas esferas abandonan,
É invisibles descenden por el viento.

(1) *Mariposa campestre.* Es vocablo del pais que no tiene otro equivalente en castellano; por cuya razon y por su suavidad verdaderamente itálica, no he tenido reparo en usarle.

Al orbe bajan y sobre él ondean
Sus alas transparentes, al son blando
De sus laudes de oro, y le rodean,
Gran cadena magnética formando:

Y él comienza á girar, como la piedra
De roedor molino, en increíble
Velocidad, que al corazón arredra,
Al humano sentido imperceptible:

Y cada vez mas presuroso gira,
Ondas alzando de argentina lumbre,
Que melodía vagorosa espira
Empapada en celeste dulcedumbre.

Las cascadas que saltan de los montes
A los profundos valles, el Occéano
Que replega los vastos horizontes,
La verde selva, el rozagante llano...

Todo, siguiendo el raudó remolino
Se anima y lanza en el tranquilo viento
De sonidos confuso torbellino
Que sube hasta el sereno firmamento.

¡Qué inefable armonía se dilata
En esta inmensidad con lento vuelo,
O en sus alas vibrantes arrebatada
Mi pensamiento por el claro cielo!

¡Quiero ahora cantar! Dame tu lira,
Noche que siempre mi consuelo fuiste,
Melancolía celestial me inspira,
Y el estro dame que en Osián vertiste.

Haz que mi labio se convierta en eco
De ese infinito, encantador murmullo,
Que al corazón de los mortales seco
Preste de la esperanza el divo arrullo.

¡Quiero ahora cantar!... Las aureas puertas
Del templo de la escelsa poesía
Vea mi anhelo por tu mano abiertas...
¡A él mis pasos vacilantes guía!

Por su aéreo recinto luminoso,
Olvidando del mundo los afanes
Divagaré en arrobó deleitoso
A la sombra de frescos arrayanes,

Alli al susurro de la blonda brisa
Y al suspirar de la rizada fuente,
En ilusión é indefinible risa
Resvalará mi vida suavemente.

Alli, en dosel de purpurinas flores
Henchidas de melífera fragancia,
A la par de aves mil de cien colores
Exhalaré encendida resonancia.

Y, al escucharlo, dejarán su lecho
De gloria los poetas, coronados
De radiante laurel, y en su almo pecho
Retumbarán mis sonos regalados.

Hacia mi correrán, como atraídos
Por oculto poder; sacra guirnalda
Ceñirán á mi frente y sonreídos

Alas pondránme de carmin y gualda.

Del batir de sus palmas impulsado
Por el festivo y apacible estruendo,
Con ellas lanzareme arrebatado
Al infinito, de placer ardiendo;

Sondéarele y sus callados senos,
Ecos darán á mi inspirado canto,
Que por ellos rodando, como truenos,
Del Señor lleguen hasta el trono santo.

¡Qué inefable armonía se dilata,
De mi cabeza en derredor, despacio,
Y en sus alas vibrantes arrebatada
Mi pensamiento por el ancho espacio!

Ahora que el órbe en remolino inmenso
En el silencio de la noche gira,
Que, revestida de terror intenso,
Lágrimas vierte y con dolor le mira...

¡Quiero ahora vivir!... sobre la cumbre
Asiéntome del tiempo... Cual vestiglos,
Entre torrentes de sulfúrea lumbre,
Mis plantas vienen á besar los siglos!

Y póstranse ante mi... ¡Oh! ¡El poeta
Es de Dios el reflejo sobre el mundo....
A las edades y á la nada reta,
La sien orlada de laurel fecundo!

Y me elevan incienso... Mas ¡qué digo!
¡Miseró! ¿Do me encuentro? ¡á dónde voy?
Todo desapareció... ¡Horrible castigo!
Solo una sima de miseria soy.

En vagas ilusiones despeñado
Volé, volé sin tino, y rey del mundo
Ay! creí ser, y al despertar me he hallado
Sin compañía en mi desierto inmundo.

O noche! ¿Qué se hicieron los espacios
A do, en tus alas, con ardor subi?
¿Do se fueron los mágicos palacios
Que en ellos con mi soplo construí?

¡Todo fue sueño nada mas! ¿Quién, hora
Responderá á mi desgarrado acento
En esta soledad aterradora
Donde por grados axfisiarme siento?

Quizá los hombres con sarcasmo impío
Quizá mañana al contemplar mis restos
¡Guay! en las garras del Simoun brabío
Me saludan con bárbaros denuestos!

Quema el ambiente, y mi sudor impuro
Por mis megillas abrasadas rueda...
¡Acórrame, oh Señor, tu aliento puro!
Eso tan solo á mi penar le queda!

Gumersindo Laverde Ruiz.

Nueva 7 de junio de 1853.

VARIEDADES.

UN OSO MUY OSADO.

—¿Por qué os enfureceis, amables suscriptoras, al ver el epígrafe del presente artículo? Por qué todas reunidas correis en busca de su autor para arrojar sobre él los mas denigrantes epítetos?

—¿Por qué, señor crítico? por qué tratáis de ridiculizar la costumbre mas inocente, de poner en *berlina* nuestras *candorosas* personas, y en fin, porque no debeis presentaros donde nadie os llama, ni meteros en *camisa de once varas*.

—Pero, por Dios, hijas mías. ¿Quién os ha dicho que trate de tildar en lo mas mínimo vuestras *inocentes distracciones*? Yo, el mas galante que Oviedo encierra en su seno, emplear mi pluma en contra vuestra, cuando únicamente destila *amor y solo amor*? cuando solo sabe pintar vuestros encantos y hermosura, cuando frenético corro sin cesar en busca de vuestro cariño porque creo que en él tan solo se encierra la felicidad?... Vaya, no os impacientéis; no corraís tanto, porque si llegais á percibir mi persona, verá esfigies de Pedro Gringoire, os volveis con tal furor atemorizadas creyendo que algun diablillo os trata de *echar el guante* que no me dareis tiempo á montar mis gemelos para recrearme en vuestros angelicales rostros, y notar las ondulaciones de vuestras *camisinas* formadas por las fuertes palpitations de vuestro corazón, efecto del disgusto que os he causado. No, no es mi objeto privaros, diges de mi alma, de esos dulces momentos que son siempre el ensueño de vuestra mente desde que conocisteis ú os digeron que alguna gracia adornaba vuestro cuerpo juvenil hasta que las arrugas cruzan vuestro rostro, y vuestra negra ó rubia cabellera se convierte en hebras de luciente plata.

No, nada de eso; mi objeto al coger la pluma fué tan solo, por si acaso no ha llegado ya á vuestro conocimiento, poner os al corriente del *oso mas osado* que conserva en sus páginas la historia de *los osos ovetenses* desde que la cogulla del reverendo Fromestano se presentó por primera vez en este pintoresco paisage, entonces convertido en montes, orgullosa por haber inspirado á su dueño al colocarla en su cabeza el sitio donde podia entregarse á sus ejercicios piadosos, hasta que en nuestros dias le vemos parte de él transformado en la risueña ciudad de Oviedo.

Ningun *oso* pues, á mi parecer es mas digno de ocupar las páginas doradas de la historia *osática*, como el que en este momento, hermosísimas niñas, voy á tener el gusto de manifestaros. Fuera, pues, todo preámbulo y manos á la obra.

Triste y melancólico recorría la tarde del domingo pasado envuelto en mi esclaviua las calles de esta ciudad, separado enteramente del bullicio

de ella que habia tomado entonces por teatro la Plaza de la Constitucion, y los balcones de las casas por cuyas calles debia de pasar la concurrida procesion de la parroquia de San Isidoro, cuando al dar vuelta á la esquina de una de ellas, que *mi paternidad* no tiene á bien nombrar, porque no quiere ni juzga necesario, percibi al otro extremo de la calle un jóven (muy conocido en su casa) que haciendo girar á su pañuelo en mil direcciones, dando á su cuerpo infinidad de ridiculas posturas, y ostentando en su boca un cigarro de dimension colosal, me hizo recordar al momento uno de los coros de la tan aplaudida zarzuela *Jugar con fuego*. Principiaba ya á notar en mi alma la idea de la compasion hácia el que yo creia tan desgraciado ser, cuando levantando mis ojos hácia el sitio á donde se dirigian sus demostraciones de *arrebato* noté en los balcones de una misma casa, pero en diferente piso, las elegantes figuras de dos niñas que con muy poca diferencia correspondian á las ridiculas señales de tan *pantomimico pollo*. Era la una rubia, de estatura regular, eu cuyo rostro se via pintado lo angelical de su alma, y como de unos veinte y cuatro años, mientras que la otra, morena, pequeña y vivaracha, frisando acaso en los diez y ocho, decia con sus movimientos rápidos pero estudiados, lo *veleta* de su carácter.

Hé aqui una escena digna de Calderon ó de Cervantes, exclamé al ver tan románticos personajes! Hubiese querido que á mi voz en aquel momento se levantasen de la tumba para que los trasladasen al teatro ó á la novela con aquella propiedad con que lo hacian tan grandes genios. Pero esto era imposible.

Contentémonos, dije, con observarlos algunos instantes, y para el efecto me coloqué en un sitio donde no podia ser fácilmente visto por ellos.

¡Cómo ahora ambiciono la pluma de un Larra para pintaros lo que mis ojos han percibido! ¡Qué de telégrafos! Qué agilidad en los dedos! Qué movimientos repentinos de cabeza! Qué señales de aprobacion y cariño! La mano tan luego sobre el corazón, como el uno estirando con ella el encartonado cuello de su camisa, y las otras arreglando ya el nevado *escote* que cubria su pecho, ya las pronunciadas *cocas* que á manera de *navio empavesado* ostentaban en su peinado, ó jugueteando con las negras *moñas* (cuidado con el equivoco) que pendian del acicalado prendido que adornaba su pobre *moño*.

El colmo de la ilusion habia llegado. El jóven que se via correspondido de una manera tan viva, tan fuera de toda duda, aun la mas mínima de dos, que él en su estusiasmo llamaria *angelicales hechizos*, no recordaba que se hallaba en una de las calles mas frecuentadas de la ciudad. Su accion era arrebatada, su voz habia subido por grados desde el *do grave* hasta el *si bemol agudo*, y las niñas, llenas tambien de ilusion, creerian tal

vez que se hallaban representando alguna de aquellas comedias *caseras* que en su tierna infancia habian sido su *prurito* : ya las cocas se habian olvidado ; los escotes con tanto accionar habian bajado un poquito mas de lo regular , cosa que al jóven no debia de disgustarle , dejando asi ver sus bellisimas gargantas y las moñas (cuidado con el equívoco, vuelvo á repetir) ondeaban por el viento á manera de gallardetes.

Pero ; qué desgracia ! en un momento en que una de las niñas y el jóven polluelo llevaban sus manos con arrebatado entusiasmo encima de sus corazones, y la otra aproximaba su blanco pañuelo á sus ojos, queriendo significar, segun mi modo de ver las cosas, las muchas lágrimas que por él habia vertido; una señora como de unos sesenta y cinco años, pequeña, gruesa, su cara redonda y de pellejo tan estirado como el de tambor de aldea en los dias de incienso y repique de campanas, ojos de raton, y cubierta su cabeza con una falla, á la verdad, no muy limpia ; corria presurosa hácia el jóven con ademan amenazador y altanero:

¿Qué significan *so-mocosuelo* esas señas que haces á mis niñas? exclamó la mamá-orangutan unos pasos antes de llegar á nuestro jóven-pollo. ¿Crees acaso que mis niñas, hijas de su mamá en lo recatadas y timoratas, pensarian siquiera en corresponder á tus simples y *osadas* señales.

Un rayo caido sobre nuestro jóven no le hubiese hecho experimentar tan desagradable sensacion como la palabra *mocosuelo* pronunciada por la recién llegada. Todo lo demas le era casi indiferente; otras niñas á los pocos momentos sustituirian á aquellas; pero llamar *mocosuelo* á un jóven en cuyo rostro principiaban á notarse *síntomas de barba* y que en su nariz traia montados unos espejuelos!!! Esto era insufrible.—«Que una vieja, ridicula é impertinente, hija por sus ideas del tiempo del rey Perico, viniese á sacar á uno de su éstasis de arrobamiento (palabras del jóven en cuestion ; no quiero usurparle la propiedad porque no se me tilde de plagiario) y llamarme de manos á boca *mocosuelo*! Oh, si aquel monstruo hubiese sido hombre! pedazos mil le hubiese hecho entre mis manos, y de él no quedaria mas que... Pero, la educacion, la sociedad, el amor propio me lo prohiben, y antes que todo soy caballero.»

La palabra *mocosuelo* trastornó enteramente á nuestro héroe, de tal manera, que solo se le oyó pronunciar estas palabras «Yo *mocosuelo* señora, yo *mocosuelo*!!! si no fuera!!.

Corta, pero animada fue aquella escena, donde la señora mamá probó á las mil maravillas que habia asistido á alguna accion gloriosa de las muchas de la guerra de la independenciam

do á su *mocosuelo* por el cuello del gaban y haciéndole dar mil vueltas alrededor, arrojándole luego contra una pared, cuyo golpe debió ablandar algun tanto aquella, al parecer, tan dura cabeza.

La mamá despues de recrearse un momento en su glorioso triunfo, fue presurosa hácia la casa donde hacia muy poco ostentaban las niñas sus gallardas figuras. Estas, tan luego como notaron que otro nuevo personaje tomaba parte en aquella escena, y que este era nada menos que su impertinente mamá, tuvieron á bien *tomar las de Villadiego*, y dejar á su *apasionado* arreglárselas con ella.

Yo tambien luego que entró la mamá corri, volé al portal de aquella casa, y aproximándome mi oido al abujero de la llave, percibi unas cosas tan *estupendas*...; oi pedir vasos de agua ; á una voz, al parecer de la criada, decir, Señora, ¡por Dios! déjeme V aflojarla el corsé, que la mata; y otras mil y mil cosas por el estilo, de que en otro número os haré sabedoras, y de muchisimas mas que sobre el mismo asunto cuento enterarme por la criada de la casa, de quien voy hacerme amigo esta semana, Dios mediante, para poder salir con algun lucimiento del asunto que me propuse, como tambien del *mocosuelo* que mas veloz que el huracan se ausentó del teatro de sus hazañas.

No me cabe duda, que alguna de vosotras, amables suscriptoras, si me tuvieseis presente me haria estas preguntas: ¿Cómo dos niñas, señor crítico, correspondian á las demostraciones amorosas de un jóven, siendo desde una misma casa, donde por precision debian ser vistas la una de la otra? Las cree V. tan destituidas de amor propio para romper todas las consideraciones que se deben á sí mismas por un *miserable calzon*? Pero reflexionad un momento, hijas mias, y vosotras, si, vosotras, dareis luego con el *cum quibus*.

El Tio Cardaño.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Oviedo por un mes 5 reales, por tres 12. Fuera por tres meses 14 rs.

Se suscribe á este periódico en la imprenta y litografía de Brid, Regadera y Compañía.

1853.

Imp. y lit. de Brid, Regadera y Comp., calle de San Francisco, núm. 1.